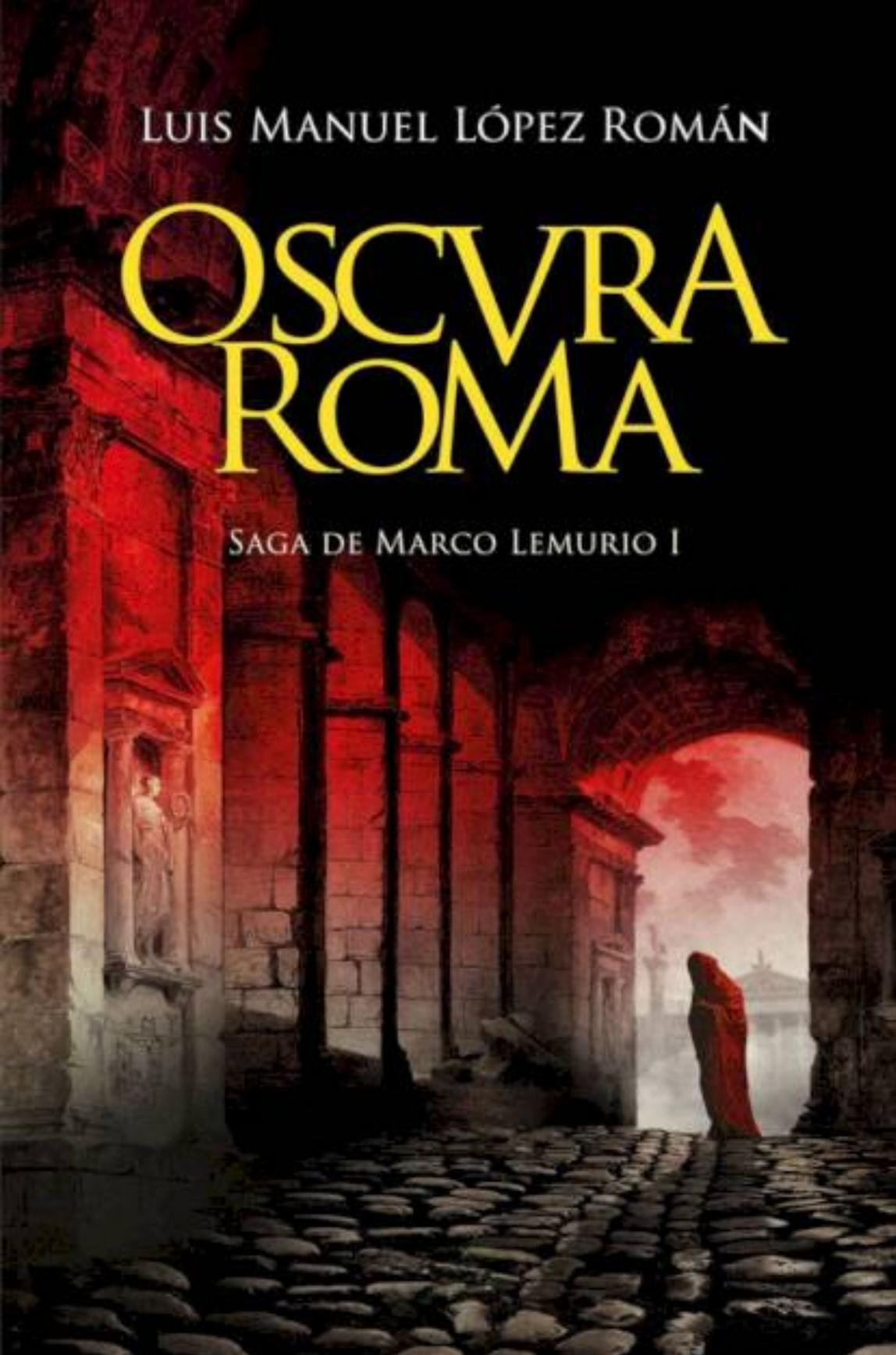


LUIS MANUEL LÓPEZ ROMÁN

OSCVRA ROMA

SAGA DE MARCO LEMURIO I



Roma, año 67 a. C.

La oscuridad nos rodea en una de las callejas más recónditas de la ciudad. Nuestro pasado nos persigue y nuestro futuro, aún más oscuro que la propia oscuridad, nos dice que tenemos que involucrarnos en lo que jamás querríamos. Miramos a un lado y a otro, pensamos que no tenemos más opción: corremos hasta nuestro destino.

Lo que nos deparará el día siguiente solo los dioses lo saben.

Oscura Roma es un viaje fascinante a la Roma más desconocida, la ciudad nocturna en la que brujas, hechiceros, asesinos, sicarios y todo tipo de criaturas acechan en las sombras.

*Para Julia,
que siguió creyendo en mí y en mis sueños
cuando yo mismo había perdido de vista mi hori-
zonte.*

Roma 687 A. U. C.

Roma. Año 687 *ab Urbe condita*. La República parece haber superado los oscuros tiempos de las guerras civiles. Las luchas entre los partidarios de Cayo Mario y los de Lucio Cornelio Sila han dejado tras de sí un recuerdo de muerte y violencia que estuvo a punto de acabar con la propia existencia de Roma. Tras la victoria de Sila, el general se proclamó dictador y comenzó a proscribir a todos sus adversarios. Las largas y temidas proscripciones llevaron a la muerte a miles de romanos, cuyas familias tuvieron que sufrir además la confiscación de sus propiedades y su subasta pública a favor de los partidarios del dictador. Años duros, de sangre y hierro, que fueron seguidos de la renuncia voluntaria de Sila a la dictadura y el retorno a la legalidad republicana. Los hombres del viejo dictador se reparten las magistraturas año tras año, mientras los partidarios de Mario que lograron sobrevivir a las matanzas esperan un momento más propicio para regresar a primera fila de la política.

Un nombre resuena por encima de todos los demás. Cneo Pompeyo Magno. El general que había demostrado su habilidad, y su infinita crueldad, combatiendo al lado de Sila y derrotando a los rebeldes de Sertorio en Hispania y a los esclavos de Espartaco en la propia Italia. El pueblo ve en Pompeyo a su nuevo héroe, más todavía después de que el general, elegido cónsul de forma totalmente irregu-

lar, devolviera a los tribunos de la plebe sus antiguos poderes arrebatados por Sila.

Al margen de las intrigas de los aristócratas, el pueblo romano continúa con su dura vida cotidiana. Decenas de miles de hombres y mujeres que nacen, viven y mueren en la ciudad de Rómulo, disfrutando de la gloria de la República al tiempo que pasan hambre y penurias. Un pueblo que ama a Roma y que apenas recibe de ella una magra ración de trigo repartida por algún candidato que busca comprar sus votos. Una Roma que aún no es de mármol, sino de adobe, de piedra innoble, de madera y estiércol. Una Roma de calles estrechas y sucias, donde las personas y los animales compiten en hacer más ruido, en generar más desechos, en procrear y traer más criaturas a la ciudad para que el ciclo de vida y muerte no se detenga nunca.

Una Roma que oculta en sus sombras mucho más de lo que los viejos sacerdotes son capaces de confesar. Los viejos dioses reciben silenciosos sus ofrendas en los grandes altares de los templos. A la luz del día, los romanos veneran a Júpiter, a Ceres, a Apolo y a Juno. Pero al caer la noche sobre Roma, los viejos dioses se retiran a sus casas junto con los hombres y las mujeres de bien. Las calles son tomadas por asesinos, ladrones y maleantes... Y por todo tipo de brujos y hechiceras a la busca de nuevas víctimas, de siniestros ingredientes para sus pociones y ungüentos. La Roma de la noche, la Roma oscura, pertenece a las criaturas de las sombras y a aquellos que han aprendido a vivir entre ellas.

Esta es la historia de un hombre que aprendió a vivir en las sombras de la noche de Roma. Esta es la historia de Marco Lemurio.

I

Dei inferi

Ante la atenta mirada del matrimonio, Marco terminó de mezclar las hierbas y la cera de abeja. Lo machacó todo con un mortero y le fue añadiendo unas gotas de un líquido ambarino que extrajo de una pequeña botella de cristal. Cuando se hubo convertido en una pasta densa y grumosa, Marco se la mostró a sus clientes.

—Esto solucionará todos vuestros problemas —dijo, orgulloso.

—¿Podemos saber qué ingredientes has utilizado?

Marco negó con la cabeza.

—*Domine*, aunque supiera todos y cada uno de los ingredientes que he utilizado para fabricar esta pasta no os serviría de nada. Porque aún falta lo más importante. Hay que ganarse el favor de los *dei inferi*. Los dioses del mundo subterráneo.

El matrimonio se miró, con rostro preocupado. Eran una pareja de romanos acaudalados. Él, Tito Pomponio, un miembro de la clase de los caballeros que había hecho fortuna con el comercio marítimo y que soñaba con entrar a formar parte de la aristocracia senatorial. Ella, Marcia, hija de un rico artesano propietario de varios talleres en la propia Roma y en varias ciudades de la Campania. Dos personas respetables que, en otras circunstancias, jamás se habrían dignado a detener su mirada en alguien como Marco salvo para hacerlo con desprecio.

Sin embargo, allí estaban, poniendo su tranquilidad en manos del hombre que les había prometido la solución a todos sus males.

—Necesito que todo el mundo abandone la casa —dijo Marco—. Todos sin excepción. Esclavos y miembros de la familia. Deben dejarme solo un rato. Cualquier interferencia podría adulterar el ritual que me dispongo a hacer. Las consecuencias serían... impredecibles.

El hombre miró a su mujer con rostro severo. Aunque apenas había cumplido los cuarenta, la calvicie le había obligado a peinarse hacia la frente el poco pelo que le quedaba, dándole un aspecto prematuramente envejecido.

—Entiende que no podemos dejarte solo en la casa.

Marco asintió. Ningún romano dejaría su *domus* en manos de un desconocido. Menos aún en las de un desconocido de fama tan dudosa.

—Está bien, lo comprendo. Me ofende ligeramente vuestra desconfianza, pero me hago cargo de la situación. Fiarse de un recién llegado no suele ser un buen negocio. Puede quedarse uno de vuestros esclavos de confianza, pero necesito la promesa solemne de que no intervendrá en el ritual por muy extrañas que sean las cosas que vea y oiga. Prefiero que sea un hombre, me transmiten más confianza... —Y al decirlo hizo un guiño hacia el dueño de la casa, para ganarse su solidaridad masculina. Un truco que rara vez fallaba—. Un hombre joven. No podemos arriesgarnos a que la visión de determinados fenómenos altere el corazón de un anciano. Un hombre que lleve el suficiente tiempo en la casa como para que vos os marchéis libre de toda sospecha.

El dueño de la casa reflexionó unos instantes.

—Tengo el hombre perfecto. Marcia, haz venir a Aristóbulo. Tengo una total confianza en él. Además, es un chico valiente que no se dejará impresionar con facilidad. Avisa al resto de los esclavos de que deben abandonar la casa hasta que les informemos de lo contrario.

La esposa pareció dudar unos instantes. Miró a su esposo y a Marco, como a punto de decir algo. Finalmente, ante una dura mirada del *pater familias*, obedeció, abandonando el estudio en el que estaban reunidos y dejando solos a su esposo y a Marco.

—¿Confiáis por completo en ese Aristóbulo? —preguntó Marco—. No querría tener que interrumpir el ritual porque un esclavo griego se desmaje a mis pies...

—Como he dicho, Aristóbulo es un joven que cuenta con toda mi confianza. Nació en esta casa hará algo más de veinte años. Su padre fue fiel al mío hasta el mismo día de su muerte. Si tuviera que confiar mi vida y la de mi esposa a un esclavo, sin duda le elegiría a él.

—Si tenéis ese concepto del joven, sin duda será el hombre perfecto para ayudarme en mi propósito.

Y para vigilar que tus manos no toquen lo que no deben, pensó Tito Pomponio.

—Aprovecho que no está mi mujer presente para aclararte un par de puntos —dijo—. En primer lugar, soy un hombre piadoso, cumplo mis obligaciones con todos los dioses de forma puntual, y mantengo satisfechos a mis lares y penates con los sacrificios necesarios. Sin embargo, no me considero un hombre supersticioso. Toda mi vida he creído que los fantasmas, los aparecidos y las criaturas monstruosas que llenan las historias y los poemas son solo eso: material de cuentos que las viejas nodrizas utilizan para asustar a los niños. Por este motivo, lo que está ocurriendo en esta casa... Todo me resulta muy extraño. Animales mutilados, manchas de sangre en las paredes, extraños gritos y aullidos en medio de la noche... Mi Marcia lleva semanas aterrorizada, y reconozco que yo también he sentido cierta inquietud. No sé si lo que hay detrás de todo esto es una broma de mal gusto, un malentendido o un fantasma vengativo. Lo que quiero es que todo esto termine, y la paz vuelva a reinar en la casa de Tito Pomponio. Una vez todo haya terminado, no se volverá a mencionar este incidente.

Por eso te pido, te exijo, la máxima discreción. Nadie debe saber que Tito Pomponio ha contratado tus servicios. ¿He sido lo suficientemente claro?

Marco sonrió con humildad. Estaba acostumbrado a que los caballeros y nobles le hablaran con desprecio. Era una realidad que había conocido desde la niñez, y que tendría que afrontar hasta el final de sus días.

—*Domine*, la discreción y la efectividad son los motivos que justifican mis honorarios. Nadie sabrá que Marco Lemurio estuvo en esta casa, ni aunque me sometan a las más horribles torturas.

—Confío en ello —dijo Tito Pomponio. No lo había dicho, pero había una amenaza implícita en sus palabras. Tenía el poder y el dinero suficientes como para conseguir que alguien como Marco Lemurio acabara flotando en la Cloaca Máxima, más muerto que el mismísimo Catón el Censor.

—Me permito, no obstante, haceros una advertencia respetuosa, *domine*. —Pomponio no dijo nada. ¿Qué advertencia podía hacerle un miserable habitante de los suburbios de Roma a un hombre como él? Marco continuó—: Los fantasmas, los aparecidos y las criaturas monstruosas no son solo material para cuentos de viejas. Hay más seres en el mundo de los que podemos ver y tocar, y muchos están más cerca de nosotros de lo que nos imaginamos. Conviene respetar las fuerzas invisibles, *domine*. Pues nos acechan desde la oscuridad de nuestras propias casas.

—Destierra esas fuerzas invisibles de mi casa y te pagaré el precio pactado.

Marco sonrió de nuevo, servicial.

—A eso me dedico, *domine*.

En ese preciso instante entró en la habitación un joven alto, con el pelo oscuro y rizado. Se detuvo ante Tito Pomponio y agachó la cabeza.

—¿Me habéis mandado llamar, amo?

—Aristóbulo —dijo el romano, tomando al joven del brazo—, este es Marco Lemurio. Lo hemos contratado para acabar con los... fenómenos extraños que están teniendo lugar en la casa últimamente. Se dispone a hacer una serie de rituales, e insiste en que todos los habitantes de la casa debemos abandonarla para dejarle hacer su trabajo de forma adecuada. Solo tú te quedarás con él, vigilando que todo vaya bien.

Aristóbulo levantó la mirada.

—¿Qué tipo de rituales, amo? —preguntó, con un deje de temor en la voz.

—Francamente, ni lo sé, ni me importa. Lo único que quiero es que esto termine de una vez. Ayuda a Marco Lemurio a hacer lo que tenga que hacer y avísanos cuando todo haya terminado. Estaremos en casa de mi hermana Pomponia hasta entonces.

—Pero, amo...

—Nada de peros. Ahora, mientras Marco Lemurio acaba con sus preparativos, acompáñame para que termine de darte tus instrucciones.

Amo y esclavo salieron del estudio, dejando solo a Marco. Caminaron en silencio por el pasillo hasta salir al pequeño patio, en cuyo centro una pequeña fuente refrescaba el calor primaveral.

—Aristóbulo, no me fío de ese hombre. Pero ya no sé qué más hacer para acabar con esta situación. Me lo ha recomendado un amigo, y dice que en su caso fue muy efectivo... Yo no termino de creerme nada, y Marcia me dice que estoy loco dejando entrar a este tipo en nuestra casa. Ayúdale en lo que necesite, pero sobre todo mantén los ojos muy abiertos. No quiero que ninguna de nuestras pertenencias acabe en la bolsa de ese loco. ¿Entendido?

El joven asintió.

—Así se hará, amo.

Tito Pomponio asintió, complacido.

Cuando todos los sirvientes de la casa se hubieron marchado, Tito Pomponio habló en un aparte con otro de sus esclavos, Áyax, llamado así en honor del héroe griego que había combatido en Troya. Y al igual que el personaje homérico, el esclavo era una masa de músculos con un entendimiento bastante limitado. Un hombre fornido, que servía de escolta a Tito Pomponio y su esposa cada vez que tenían que moverse por las inseguras calles de Roma.

—Hoy no será necesario que escoltes nuestra litera. Quiero que te quedes aquí, escondido en el *atrium*, y que tengas los ojos muy abiertos mientras ese Marco Lemurio hace sus rituales. Aristóbulo estará con él en todo momento, pero cuatro ojos ven más que dos. Además, en caso de que haya que utilizar la fuerza, dudo mucho de que el muchacho pueda valerse por sí mismo. Intervén solo si ves que ese Marco Lemurio intenta llevarse algo de la casa. Si no, mantente escondido, veas lo que veas.

—Así lo haré, amo —respondió Áyax.

Tito Pomponio y su esposa se subieron a una litera sostenida por seis esclavos, echaron las cortinas y desaparecieron calle abajo. Algunos de los esclavos acompañaron a sus amos. Otros se dispersaron por la ciudad, encantados de tener una tarde libre alejados de sus tareas cotidianas. Unos pocos, en voz baja, bendijeron al fantasma que había encantado la casa de su amo por haberles regalado esas horas de ocio. Finalmente, la casa de Tito Pomponio quedó desierta, con la excepción de Aristóbulo y Marco Lemurio, que continuaban encerrados en el estudio del amo realizando preparativos para el ritual.

Áyax se deslizó con cautela hasta el *atrium*, el patio interior principal de la casa, y, una vez allí, se ocultó detrás de una gruesa cortina. El escondite no era muy bueno, pues su enorme masa creaba un bulto que se veía desde el exterior, pero el esclavo creyó estar perfectamente oculto. Aguardó

un rato, hasta que Marco Lemurio y el joven esclavo salieron del estudio.

—Aún no es el momento adecuado. Hay que esperar al instante justo en el que el sol comience a ponerse. Ese es el momento en el que los espíritus se muestran más vulnerables —le explicaba el romano al esclavo.

Aristóbulo, observó Áyax, se limitaba a seguir a aquel extraño personaje, sin decir nada. El fornido esclavo no vio nada sospechoso. Marco Lemurio no hizo amago alguno de visitar más estancias que aquellas que estaban abiertas a todos los invitados. En ningún momento trató de guardarse objeto alguno en sus bolsas.

Marco Lemurio dispuso varios cuencos de madera, llenos de sustancias pringosas y espesas, en los bancos que rodeaban la fuente central del patio. Murmurando una serie de ensalmos ininteligibles, fue encendiendo incensarios que llenaron el patio con aromas exóticos y embriagadores. Él mismo sacó de una de sus bolsas una túnica de color oscuro y se cubrió con ella la cabeza y los hombros. Con aquella ropa, iluminado solo por la luz del crepúsculo y un par de lucernas que había dispuesto en los extremos del patio, Marco Lemurio tenía un aspecto siniestro, pensó Áyax. Él era un hombre práctico. Devoto de los dioses, pero seguro de que no había ninguna criatura en el mundo a la que no pudiera herir con su espada o estrangular con sus poderosas manos. Sin embargo, al ver a aquel tipo vestido de negro no pudo evitar un escalofrío. Áyax lo achacó a los efectos del incienso quemado en los pebeteros.

—Ha llegado el momento —dijo al fin Marco Lemurio. El cielo había adoptado un color escarlata—. Veas lo que veas y oigas lo que oigas, no intervengas, por tu propio bien.

Aristóbulo se apartó hasta un rincón del patio. Áyax pudo ver que el joven esclavo estaba aterrado de miedo.

Marco Lemurio extendió los brazos, con las palmas abiertas hacia el cielo. Con los ojos cerrados, comenzó a

murmurar una salmodia monótona, sin apenas mover los labios. Estuvo un buen rato en esa postura, sin parar de murmurar. Cuando el color del cielo hubo pasado del escarlata al azul oscuro, Marco Lemurio abrió los ojos.

—*Dei inferi*, dioses de las profundidades, vosotros que guardáis los secretos del inframundo, que conocéis los destinos de todas las almas y las juzgáis con severidad. Señora Perséfone, dama de las profundidades. Señor Hades, soberano de los muertos. Jueces de los infiernos, que por vuestra sabiduría fuisteis honrados más allá de la muerte. Y tú, dios desconocido, divinidad sin rostro cuyo nombre no ha sido revelado. Ayudadme a guiar esta alma perdida hasta vuestro seno. Ayudadme a dar descanso a la criatura que atormenta a los moradores de la casa de Tito Pomponio.

Marco Lemurio se dirigió a uno de los bancos y cogió un cuenco. Metió los dedos de su mano derecha en la sustancia pringosa y fue recorriendo una tras otra todas las puertas que salían del patio, untando las jambas con aquella pasta mientras retomaba la salmodia inicial. De cuando en cuando, volvía a invocar a los dioses del inframundo, solicitando su concurso en aquel trance.

—Señora Perséfone, haz que ningún espíritu pueda atravesar esta puerta. Señor Hades, que las almas errantes abandonen esta morada y vayan a tu encuentro.

El romano repitió el mismo procedimiento con todos los cuencos, untando la pringosa sustancia en puertas, ventanas y paredes, hasta que su contenido se hubo terminado. Entonces regresó al centro del patio, se situó de nuevo junto a la fuente y volvió a abrir los brazos, mirando hacia el cielo.

—Y vosotros, *dei superi*, dioses que habitáis las esferas superiores, sed testigos de que este ritual se ha hecho conforme está escrito en los textos sagrados. Júpiter Óptimo Máximo, que riges el orbe y gobiernas Roma, sé garante y testigo de mi humilde súplica.

En ese preciso momento, el sol desapareció en el horizonte, sumiendo la casa en una oscuridad total, solo rota por las dos lucernas. Marco Lemurio, como si algún poder extraño se hubiera enseñoreado de su alma, se dejó caer al suelo y comenzó a convulsionarse de forma violenta. Una espuma blanca y espesa brotó de sus labios y manchó el suelo de piedra. El romano empezó a gritar palabras ininteligibles, con los ojos casi en blanco.

Aristóbulo dio un paso al frente, pero al recordar las instrucciones que se le habían dado, se detuvo. Áyax, detrás de la cortina, echó mano a la espada de forma inconsciente, solo para darse cuenta de que no iba armado. Pensó en intervenir, pero recordó que su amo le había dicho explícitamente que solo revelara su presencia si el patrimonio de la casa se veía en peligro. Que aquel hombre muriera víctima de unos extraños espasmos no era de su incumbencia.

El cuerpo de Marco Lemurio siguió convulsionándose unos instantes, hasta que finalmente el romano fue capaz de controlar de nuevo sus movimientos. Lentamente, se puso en pie, aún con la boca cubierta de espuma y saliva. Sus extremidades todavía sufrían alguna acometida de los espasmos, por lo que Marco tenía que moverse despacio, encorvado. Lo primero que hizo fue volver a colocar la túnica oscura sobre su cabeza, y una vez ataviado de forma adecuada, echó a andar por el patio, murmurando de nuevo una salmodia. Su voz, como pudieron observar los esclavos, pasaba de grave a aguda y de nuevo a grave de forma continua. Era como si varias personas estuvieran hablando por la voz de Marco Lemurio.

Deambuló por el patio sin rumbo aparente, tocando las paredes, las puertas, los grandes maceteros donde crecían plantas y flores. Por fin, se detuvo al pie de una pequeña estatua. Era una representación del dios Mercurio, realizada en mármol blanco y pintada con colores chillones. Marco Lemurio se arrodilló junto a la escultura y metió la mano

detrás del pedestal. Tanteó con cuidado hasta que tocó lo que estaba buscando.

—Aquí estás —dijo, ya con su propia voz.

Tras dar un par de tirones, sacó un objeto de color metálico, algo semejante a un rollo de papiro, pero hecho de un metal fino y blando. Marco Lemurio desplegó el rollo y sonrió satisfecho. Era una fina plancha de plomo, con extraños símbolos y dibujos grabados sobre ella.

—El ritual ha terminado —concluyó.

Aristóbulo corrió a su encuentro y le ayudó a ponerse en pie.

Horas después, Marco Lemurio se reunía de nuevo con Tito Pomponio y su esposa Marcia en el estudio del *pater familias*. Con cuidado, desenrolló la placa de plomo y se la mostró a los dueños de la casa.

—Este es el motivo por el que ocurrían esos extraños fenómenos en vuestra casa, *domine*. Alguien realizó un conjuro y dejó esta tablilla bajo la estatua de Mercurio.

Tito Pomponio cogió la tablilla con mucho cuidado, como si estuviera al rojo vivo, y la observó detenidamente.

—No entiendo nada de lo que pone —admitió al fin—. ¿Qué extraña lengua es esta?

—Es la lengua de la magia, *domine*. Solo unos pocos en Roma podemos entenderla.

Entre los símbolos podían reconocerse algunas letras latinas y griegas, trazadas de forma irregular. Otros eran simples garabatos que no se parecían a ningún tipo de escritura que Tito Pomponio hubiera visto antes.

—¿Y estos dibujos?

Tito Pomponio señaló a dos formas, dibujadas de manera tosca y esquemática, que asemejaban a dos cuerpos humanos. Ambos cuerpos aparecían atravesados por líneas más marcadas, como si el autor hubiera querido apuñalar los dibujos con el punzón.